

PRÓLOGO

Se me pide, como reliquia viviente, que narre mis experiencias vividas en torno a la excavación de la necrópolis oriental de *Baelo Claudia*, objeto de un nuevo e interesante proyecto de la Universidad de Alicante que dirige Fernando Prados Martínez.

Dijo el filósofo: «Yo soy yo y mis circunstancias». Se equivocaba. «Yo soy mis circunstancias y un poquito de mi yo».

Por una indeseada carambola terminé haciendo la mili en Cádiz. Tenía las tardes libres y me presenté en el Museo Arqueológico de Cádiz, entonces bajo la dirección de D.^a Concha Blanco, ofreciéndome como colaborador. D.^a Concha me acogió maternalmente. Pasé muchas tardes con ella, ayudándole en lo que yo podía.

Era yo, en aquel momento, licenciado en Filosofía (por un gran susto que le di al Capitán Mayor me gané el apelativo de ¡Burro, Filósofo!) y amante de la historia antigua y la arqueología desde muy joven. A los dieciséis años había entrado en contacto con los profesores D. Juan de Mata Carriazo y Arroquia y D. Antonio Blanco Freijeiro y había seguido algunos de sus cursos y seminarios. Ya había empezado a recoger sellos en ánforas de las alfarerías romanas próximas a mi pueblo natal: Lora del Río.

Una de aquellas tardes, en la que calcaba un sello en ánfora, encargo que D. Antonio Beltrán, catedrático de Zaragoza, había hecho a D.^a Concha, apareció un hombre, pequeño de cuerpo, con gafas de cristales pesados y que movía sus manos nerviosamente, palmas arriba, palmas abajo. Se trataba de Isidoro Otero, guarda de las ruinas de Bolonia. ¡Uy!, dijo, *de esos sellos tiene muchos el Sr. Ponsich*. ¿Quién es el Sr. Ponsich?, pregunté. *El director de las excavaciones que los franceses de la Casa de Velázquez de Madrid hacen en Bolonia*, contestó.

Cuando terminé la mili, a finales de 1971, volví a Madrid con la intención de estudiar historia antigua. Un día, con mis cuadernos y dibujos de sellos en ánforas, me presenté en la Casa de Velázquez. Pregunté por el Sr. Ponsich. Me recibió y le presenté lo que hasta entonces había hecho. Ponsich me aceptó. Empecé, desde entonces, a trabajar con él por las tardes. Fue él quien me propuso como *Membre libre* de la Casa de Velázquez entre 1973 y 1975. Con el tiempo se cimentó una buena amistad entre nosotros, mis hijos le llamaban *el abuelo Miguel*, y a su esposa, *la abuela Silvia*.

Con Michel Ponsich conviví muchas horas en su despacho, acompañándolo en algunas de sus prospecciones en el valle del Guadalquivir y en *Baelo*, donde participé en las campañas de 1973, 74 y 75. Los dos primeros años excavé en la necrópolis, el tercero en el área al sur de la Basílica. Un día, pasado ya bastante tiempo, me dijo: «Cuando viniste a mí se notaba que no sabías mucho, pero que tenías ganas de aprender; por eso te ayudé». Es algo que yo he practicado siempre con cuantos se han acercado a mí, más tarde, con ganas de aprender. A poco de conocernos me dijo: «Como extranjero no podré ayudarte mucho en España, hablaré con Blázquez». D. José M.^a Blázquez me aceptó como alumno suyo; a ambos debo no solo el desarrollo de mis posibilidades profesionales, sino otros muchos aspectos de mi desarrollo personal.

Nunca olvidaré el impacto que me produjo ver, por primera vez, la ensenada de Bolonia desde lo alto del puerto de Bolonia. Al llegar allí, Ponsich detuvo el Land Rover, descendimos del coche y, por largo rato, contemplamos el paisaje. Descendiendo hasta las ruinas solo se veía un campo seco, luminoso y vacío, en el que algunas vacas retintas pacían tranquilamente. A la izquierda del camino se veían las casas del Lentscal, en las que se había acomodado a los habitantes del poblado de Bolonia, que estaba siendo demolido para facilitar las excavaciones. La carretera atravesaba las ruinas, prácticamente sobre el cardo que une las puertas Este y Oeste de la ciudad. A la derecha se veía el foro, la Basílica y el Capitolio, ya excavados en gran medida. Girando a la izquierda en dirección a la playa, quedaban a la derecha algunas casas a medio derruir, la iglesia y el cuartel de la Guardia Civil, a la izquierda la casa de Ríos, usada como almacén y lugar de estudio y descanso; la casa y el bar de Isidoro Otero; otra casa y bar, que concurría con los Otero, y la casa de un señor de Jerez.

El lector podrá imaginarme boquiabierto escuchando las lecciones de Ponsich cuando me explicaba, de un modo magistral, la evolución arquitectónica del foro de *Baelo*, de los detalles del proceso de cambio y las soluciones aplicadas en cada momento.

Aquellas eran unas ruinas de libro: un foro, con su capitolio, rodeado al oeste por edificios civiles, el lado este aún no se había excavado; al sur la Basílica, hundida un día por un terremoto, en su interior se conservaban todos los tambores de sus columnas, con

un poco de imaginación podía reconstruirse mentalmente. La muralla de la ciudad se conservaba en todo su perímetro, a veces con una altura considerable. Se veía la impresionante mole de un teatro. También había sido excavada la puerta Oeste, dejando al descubierto el enlosado perfecto del *decumanus*. Cerca de la puerta Oeste ya se habían excavado también unas termas.

Michel Ponsich había nacido en Marruecos, hijo de un funcionario de correos. Había empezado su carrera desde abajo y no había hecho estudios universitarios regulares. (Los inicios de la carrera de Michel Ponsich han sido narrados, de un modo muy vivo, por su hija Claudia en un pequeño libro de recuerdos). Ponsich se convirtió en un excelente arqueólogo de campo y su contribución al conocimiento del Marruecos antiguo es una de las más sobresalientes de la arqueología francesa en aquel país. Lo mismo puede decirse de su contribución a la arqueología y la historia de la Bética. Como cada funcionario francés en colonias, tenía asignado un puesto en la metrópolis. Él había elegido un puesto en Alsacia, región de origen de su esposa, Silvia. Él era un hombre mediterráneo, así que, cuando hubo de abandonar Marruecos, solicitó venir a la Casa de Velázquez, para realizar su *doctorat en Lettres*, título al que podía acceder gracias a una ley especial que autorizaba esta posibilidad a aquellos que hubiesen publicado una gran obra científica, aunque no hubiesen realizado una carrera universitaria regular.

Era D. Miguel, como era llamado en Bolonia y en la Casa de Velázquez, un hombre franco, trabajador, abierto, amigo de sus amigos y muy jovial, cautivador, con don de gentes, generoso, con un gran conocimiento de sus propios límites y de los límites de los demás. No era fácil la vida de Ponsich en la Casa de Velázquez, controlada, en el ámbito arqueológico, por Robert Etienne, con quien le unía una manifiesta enemistad, mucho más agresiva por parte de Etienne. Fue Michel Ponsich, como he dicho, quien consiguió mi nombramiento, como *Membre libre* de la Casa de Velázquez, título que me permitía, durante tres años, vivir en la Casa de Velázquez y participar en la misión arqueológica de Bolonia. No agradó a Etienne mi nombramiento y también me vi condenado a cierto ostracismo por parte de algunos. Yo seguí el primer consejo de Ponsich: «Hazte el tonto, trabaja y no te dejes embrollar en los continuos dimes y diretes de esta Casa». Así hice. Mi estancia en la Casa fue placentera y pude iniciar mi carrera en condiciones muy favorables, hecho que siempre agradeceré a dicha institución.

Ponsich, de quien me reconozco el único alumno directo, diseñó, por encima de mis propias aspiraciones, mi carrera. *Estudia las lucernas, dijo, empezar publicando lucernas da buena suerte, como me ha pasado a mí*. Fue mi primer artículo, publicado en los *Melanges de la Casa de Velázquez* (MCV) en 1974. *Después estudiarás los vasos de paredes finas*, publicado en los MCV de 1975, y luego los vidrios de la

necrópolis de Baelo, trabajo que no llegué a realizar. Creo que, desde un principio, D. Miguel había pensado destinarme a excavar en la necrópolis, en una zona, cerca del Hornillo de Santa Catalina, que los sondeos realizados por Mariano del Amo habían demostrado que era un sector no excavado por Bonsor. Excavar una necrópolis rica, como la de *Baelo*, es la mejor escuela que puede tener un principiante, bajo la mirada atenta de un arqueólogo experto como él. En Cástulo, bajo la dirección del Prof. Blázquez, también excavé en las necrópolis. De ahí mi continuo interés por el mundo funerario.

El 7 de octubre de 1975 leí mi tesis de licenciatura en Historia, bajo la dirección de D. José M.^a Blázquez, con el título *La necrópolis SE Belo*. Había sido idea de Ponsich el que aprovecharse estos materiales para mi tesis de licenciatura. Excavar en una necrópolis permite estudiar y publicar complejos cerrados, hecho que siempre es gratificante en la tarea de un arqueólogo, y que permite publicar un trabajo que servirá siempre de referencia para quienes se vuelvan a ocupar del tema.

Entonces director general de excavaciones exigía a las misiones extranjeras en España que publicasen en español, por eso los informes de cada campaña se publicaban tanto en los MCV, en francés, como en el *Noticiario Arqueológico Hispanico*, en español. La excavación de un gran complejo monumental como el de *Baelo* exige largos años de trabajo. Convenía a la Casa de Velázquez dar prueba de sus trabajos. La publicación de mi tesis de licenciatura convenía a la Casa de Velázquez, era una manera de mostrar la actividad, así que tras un acuerdo entre D. Martín Almagro y Michel Ponsich, el 14 de febrero de 1978 se aprobó la publicación de mi trabajo en la serie *Excavaciones Arqueológicas en España n.º 104*, que vio la luz un año después. Sonríe ahora, recordando la sonrisa socarrona de Ponsich, al fin y al cabo, su alumno, como él había planeado. Era en aquel tiempo el que más había publicado sobre *Baelo*, lo cual levantaba algunos resquemores.

Aquellos años en *Baelo* fueron provechosos y placenteros para mí. Dormíamos en unos bungalow en la carretera de Tarifa. Nos levantamos temprano, para estar a las ocho de la mañana en *Baelo*, hora a la que comenzaban los trabajos. A las 9,30 hacíamos una pausa para desayunar, era entonces cuando volvían los pescadores, lo que nos permitía elegir los pescados que queríamos cada día, que María Ariza, la mujer de Isidoro, nos preparaba para el almuerzo que regábamos con vino de Chiclana. Por la tarde se trabajaba en el inventario de materiales, o se mantenían tertulias. Al atardecer volvíamos a nuestros bungalow, cenábamos en algún lugar cercano, salvo algunas tardes que nos escapábamos a Tarifa, para cenar en mejores condiciones. El ambiente entre los investigadores era cordial y no faltaban las bromas propias entre novatos. A uno le incluimos en su estratigrafía una moneda, muy desgastada, de Alfonso XII y tardó un par de días en

descubrir que no era romana. Otro de nosotros descubrió una figurita en plomo que consideró romana; resultó ser un soldadito de plomo. En fin, un tiempo que, cualquiera de cuantos estábamos allí, estaríamos dispuestos a revivir.

Recuerdo con ternura a la familia Otero. Isidoro nos contaba historias de Bolonia y sus gentes, siempre moviendo las palmas de sus manos arriba y abajo y contraponiendo los tiempos con su muletilla: «*antañño*», con las palmas hacia abajo, «*y ogaño*», con las palmas hacia arriba. Su gran cruz era la Gitana, una buena señora que escarbucheaba en las ruinas, buscando monedas. Isidoro la perseguía, más camuflado que un indio, esperando pillarla *in fraganti*. Pero en cuanto Isidoro se hacía visible, la buena señora adoptaba el ademán de realizar una de sus necesidades básicas y el caballeroso y educado Isidoro se volvía y se alejaba. María era una mujer callada, siempre atenta, pero no se le escapaba ni una. Atender el bar le había enseñado a conocer a la gente. Sus comentarios eran siempre muy atinados, su bondad le salía por los cuatro costados. De las hijas, la mayor, Remedios, era una polvorilla, siempre discutíamos. Oliva estaba saliendo de la edad del pavo, le gustaba hablar conmigo y a mí con ella. A Pili, la pequeña, la paseé más de una vez sobre mis hombros. En comparación con mis colegas franceses tenía yo la ventaja de conocer el habla y la mentalidad de la zona, lo que, naturalmente, me facilitó las relaciones con la familia Otero. No hace mucho visité con mi familia, por primera vez, el nuevo complejo de *Baelo*. Mis hijos me pidieron que no me «enrollase», que fuera de incógnito. Como un turista más fui a pagar las entradas. La persona que atendía la venta de entradas me miró y me preguntó: «¿Usted es usted?» A lo que tuve que responder: «Sí», con la satisfacción interna de saber que no se habían olvidado de mí. Llevé mi familia a que conocieran a María. Fue la última vez que la vi.

Hasta aquí algunos de mis recuerdos personales de aquellos años.

Para este prólogo he releído mi trabajo publicado en el 1979. Con complacencia, discúlpeme el lector, he visto que sigue siendo útil, ahora que hace cuarenta años de su realización, que quienes vienen detrás han confirmado la cronología por mi planteada y que mis propuestas de interpretación del mundo funerario baelonense siguen siendo discutidas. Para ser el trabajo de un principiante ha aguantado bien el tiempo.

Sin embargo, comparándolo con el trabajo que ahora se propone es una cosa muy limitada. Me alegra saber que los que vienen detrás demuestran tener una visión de conjunto mucho más amplia y que están aprovechando cuantos recursos técnicos existen, hoy día, al servicio de la arqueología. Estos nuevos planteamientos permitirán obtener una visión mucho más compleja y completa del mundo funerario baelonense y del entorno, lo que redundará en una mejor comprensión histórica de los fenómenos de pervivencias y aculturaciones en el mundo de la Bética romana.

Quienes ahora trabajan, además, disponen de la planimetría general de la excavación de la necrópolis que Bonsor no publicó y que yo no llegué a conocer, a pesar de mis repetidas visitas al Castillo de Mairena, donde D.^a Dolores Simó, viuda de Bonsor, siempre me atendió afablemente.

Ahora pues, puede hacerse un intento de reintegración de todos los datos de que se dispone, intentar, hasta donde sea posible, pues se ha perdido mucha documentación, reconstruir todos los conjuntos de materiales posibles. Será preciso, pues, reestudiar todos los materiales disponibles, trabajo empeñativo pero del que creo se podrá recuperar mucha información.

Por otra parte, las nuevas técnicas aplicadas, desde el conocimiento del paleambiente hasta los estudios antropológicos destinados a conocer la edad, sexo, o enfermedades padecidas por los antiguos pobladores de *Baelo*, pasando por una cartografía precisa de los monumentos y tumbas asociadas a ellos, pueden llevarnos a interpretaciones y recreaciones autónomas independientes del conocimiento que tenemos de las mentalidades y de la realidad histórica que hoy conocemos a través de otras fuentes. Bienvenidas sean si a la hora de proponer nuevos modelos interpretativos somos capaces de integrarlos dentro de cuanto los antiguos nos dejaron escrito sobre su propia cultura. En un artículo, relativamente reciente, «Aspectos legales del mundo funerario romano» (Córdoba 2002) llamaba la atención sobre la necesidad de trabajar con todas las fuentes existentes a nuestro alcance, no solo con las arqueológicas. La «vida» de los difuntos estaba tan regulada como la de los vivos.

Como se señala en esta obra, la «ciudad de los muertos» puede enseñarnos mucho sobre la «ciudad de los vivos», pero es preciso tener un conocimiento global sobre la cultura que analizamos y, naturalmente, contraponer continuamente nuestros conocimientos ya adquiridos con los nuevos datos que seamos capaces de aportar.

Como decía Droysen, los documentos no plantean preguntas; las preguntas las hace el investigador. El problema es hacer las preguntas pertinentes, y para ello hemos de conocer cuanto esté a nuestro alcance de la cultura que estudiamos y desarrollar un espíritu crítico sobre nuestras propias construcciones.

Quiero agradecer a Fernando Prados Martínez la oportunidad que me ha dado de hacerme «revivir» mis recuerdos de la necrópolis de *Baelo* Claudia. Me alegra ver a una nueva generación que, desde perspectivas distintas, se afana en conocer un mundo que no nos es tan lejano. Mis felicitaciones a él y su equipo por haber concebido este proyecto y espero y deseo que lo puedan llevar a buen puerto.

JOSÉ REMESAL RODRÍGUEZ
Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad de Barcelona
Miembro de la Real Academia de la Historia